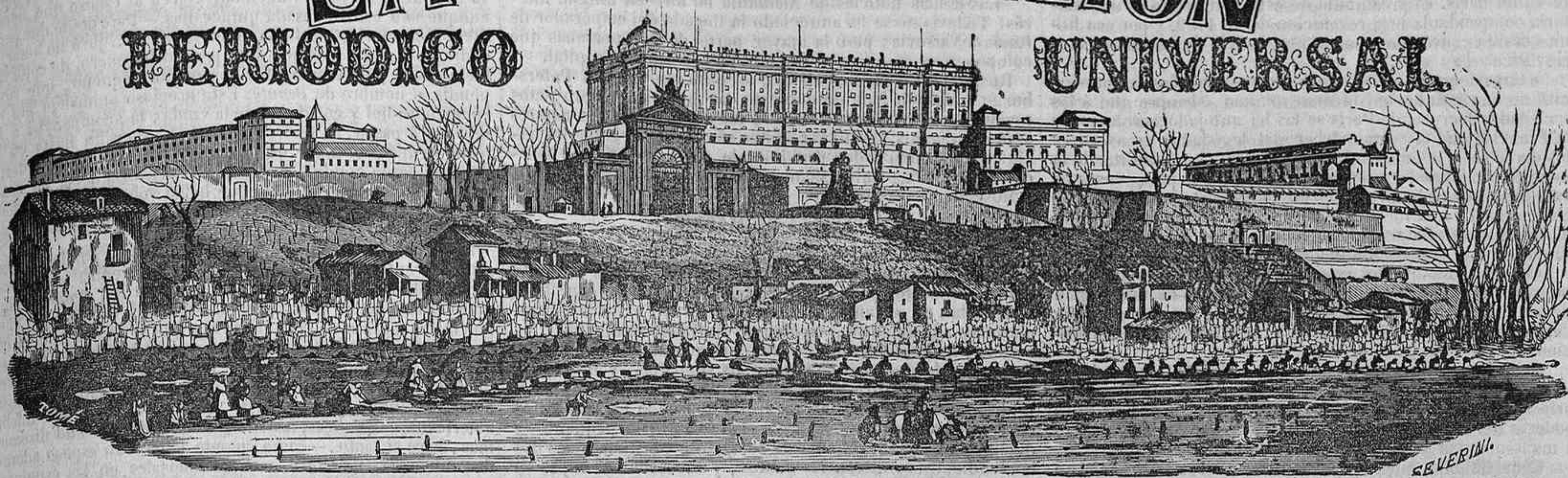


LA ILUSTRACION PERIODICO UNIVERSAL



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 23.—SÁBADO 8 DE JUNIO DE 1850.
MADEIRA.

PROVINCIA: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60
Ultramar y Extranjero: Año 80.

HISTORIA DE LA SEMANA.



NICAMENTE en los decretos de la *Gaceta* está el interés de la crónica interior de esta semana. Aproximándose el ansiado día en que la nación española tenga la satisfacción de saludar al heredero directo del trono de San Fernando, el gobierno de S. M. ha publicado en la *Gaceta*

la lista de las personas que serán invitadas á concurrir en palacio á la presentación del príncipe ó princesa de Asturias, y los términos en que será anunciado el nacimiento al público, si el recién nacido es príncipe ó princesa; al efecto, si fuere príncipe se enarbolará la bandera española en la parte del real palacio llamada la punta del diamante, y se harán salvas de 25 cañonazos en la montaña del príncipe Pio, en la puerta de Atocha y en la de los Pozos. En caso de ser princesa, la bandera será blanca, y la salva, que será igualmente de 25 cañonazos, se hará solo en la montaña del Príncipe Pio. Si el alumbramiento se verificare de noche, se colocarán dos luces al lado de la bandera, siendo la española, y una siendo blanca.

Entre tanto, S. M. la reina ha entrado ya en el noveno mes de su embarazo, sin experimentar la menor alteración, y gozando de la mas completa salud. Todo hace presagiar, pues, que el cielo se dignará colmar los deseos de la familia real y de la nación española, concediéndonos un nuevo lazo de unión y una base de prosperidad y ventura para el porvenir.

Han aparecido además en el diario oficial: un decreto disponiendo que los sucesores inmediatos á la corona con arreglo á la constitucion de la monarquía, sin distinciones de varones ó hembras, continuarán denominándose príncipes de Asturias, con los honores y dignidades consiguientes á tan alta dignidad: una circular reformando los Pósitos del reino, y otro decreto declarando que los ministros son gefes superiores de todos los ramos asignados á sus respectivos departamentos.

Segun noticias de la Habana, que alcanzan al 4 de mayo, recibidas por la via de Inglaterra, el cólera habia desaparecido, con cuyo motivo estaba dispuesto que se cantase un solemne *Te Deum* en accion de gracias por tan señalado beneficio. Nada se decia en aquella fecha del señor conde de Mirasol, por lo que es de suponer que aun no habria llegado.

FRANCIA. La discusion del proyecto de ley sobre la reforma electoral camina apresuradamente en la asamblea francesa.

La mayoría está combatiendo con grande energía, y dando cada día nuevas pruebas de que se halla dispuesta á luchar hasta el último extremo.

En la sesion del 25 quedó aprobado el artículo 1.º del proyecto, despues de haber sido desechadas dos enmiendas. Este artículo no ofrece ningun interés, pues se limita á fijar el plazo en que deberá comenzar á regir la ley. Tambien fué adoptado el artículo 2.º, despues de quedar desechadas todas las enmiendas que la oposicion habia presentado.

Mr. P. Leroux sostuvo una de estas, y dió lugar á una de las escenas mas tumultuosas entre las muchas que han ocurrido en aquel recinto. Del extracto de la sesion tomamos los siguientes párrafos que dan una idea probablemente muy completa de la tempestad que estalló.

Mr. P. Leroux: Dos hombres ilustres, Saint Just y Robespierre... (*Esclamaciones á la derecha. Al órden, al órden.*)

Sr. Presidente: No podeis calificar de ilustres á tan infames malvados. (*Clamores á la izquierda. La mayoría y la oposicion se dirigen violentos apóstrofes.*) En este momento estalla un nublado espantoso; el ruido de los truenos ahoga la voz del orador. El salon queda casi á oscuras, y sin embargo, Mr. P. Leroux continúa hablando y escitando fuertes reclamaciones. El presidente lo llama por tres veces á la cuestion, y viendo que sus escitaciones son ineficaces, lee el artículo del reglamento que autoriza á retirar la palabra á un orador cuando por tres veces ha sido llamado á la cuestion. La montaña ruge y mezcla sus gritos al ruido de los truenos. Parece que la electricidad de la atmósfera aumenta la irritacion política. A pesar de todos los gritos, el presidente consulta á la asamblea, y retira la palabra á Mr. P. Leroux. Vo-

ces de la montaña: al órden el presidente. Voces de la derecha: respetad á nuestro presidente. Mr. P. Leroux está indeciso largo rato sobre el partido que tomará, y por último se decide á bajar de la tribuna.

La enmienda al artículo 2.º presentada por el *thiers parti*, reforzada por el general Cavaignac, fué desechada por gran mayoría, despues de un debate muy animado que sostuvieron principalmente Mr. Corne y Mr. de Vatimesnil.

En la sesion del 28 hubo una gran batalla entre Mr. Berrier y el general Lamoricière, que hablando con su natural vivacidad y franqueza militar, supo sacar del derecho constitucional y del derecho civil argumentos que pusieron á su adversario en mas de un apuro.

Al siguiente día se discutió la que estaba suscrita por Mr. Gustavo de Beaumont y Mr. de Nettement, y que representaba una especie de coalicion entre el *thiers parti* y una fraccion de los legitimistas. Mr. Versin, uno de los firmantes de la enmienda la sostuvo, declarando tanto en su nombre como en el de sus compañeros, que no habiéndoles satisfecho los argumentos aducidos por los oradores de la mayoría, la presentaban para impedir que un primer paso aventurado arrastrase á la asamblea á un porvenir desconocido. Estas palabras escitaron grandes aplausos en la montaña y vivas

reclamaciones de la mayoría. Despues de un largo rato de tempestad, Mr. Versin esplicó sus palabras, y la asamblea desechó por gran mayoría la enmienda. Lo mismo sucedió con otras dos que fueron presentadas sucesivamente, quedando pendiente la discusion en el párrafo 4.º

Ya tenemos otra vez en campaña electoral á Mr. Emilio de Girardin. Los delegados del partido democrático del departamento del Bajo Rhin, en Strasburgo, han adoptado su candidatura por 45 votos contra 28, dados á Mr. Flocon, republicano del partido del *National*. Mr. de Girardin anuncia su candidatura en la *Presse*, publicando al mismo tiempo la siguiente carta que ha dirigido á los electores.

París 4 de mayo.

Ciudadanos: Respondiendo á vuestra carta de anteayer debo decir que es bastante que se me haya presentado como queriendo imponerme á la opinion democrática, para que considere como un deber el *abstenerme*.

La causa democrática es la que debe consultar y decidir si cree que yo he dado bastantes pruebas, y si piensa que no seré un soldado inútil para defenderla en los terribles combates que la están preparados.

Salud y fraternidad.—Emilio de Girardin.



El general Cavaignac.

El general de Grammont ha presentado á la Asamblea francesa un proyecto de ley para la traslación del gobierno fuera de París. El preámbulo de este documento es una historia compendiada de la revolución desde 1789, y por eso hemos creído conveniente ponerlo en noticia de nuestros lectores. Dice así:

«Considerando que desde hace sesenta años las provincias no han influido en lo mas mínimo, siempre que á las sociedades secretas de París se las ha antojado revolucionar la Francia; que el primer deber del legislador es asegurar los derechos y la independencia de todos, imposibilitando la usurpación del poder por las minorías; y que para conseguir este objeto es urgente oponer en todas partes una resistencia enérgica y una fuerte organización á los golpes de mano de los trastornadores de la sociedad, á los caprichos y á la tiranía de una ciudad dominada por las facciones;

Considerando que los buenos ciudadanos y los hombres honrados no pueden soportar por mas tiempo la humillación de tan infame tiranía sin abjurar su dignidad personal y sin dejar de envilecer en sus propias personas el carácter nacional;

Considerando que la Francia no podrá entrar en el sistema de economías y de reformas indispensables al equilibrio financiero, en tanto que la residencia de los grandes poderes del Estado en la ciudad de París obligue al gobierno á mantener una guarnición de cien mil hombres;

Considerando que si estallase una guerra la Francia no podría privarse de las fuerzas destinadas á contener la capital sin comprometer la gloria de sus ejércitos y el alto rango que debe ocupar entre las naciones europeas;

Considerando que si en el interés de la validez y fuerza de las leyes deben las asambleas políticas alejar toda sospecha de que obran bajo la presión de la muchedumbre, tambien exige su dignidad que no se piense que necesitan del apoyo de un ejército para deliberar libremente;

Considerando que si las tropas regulares no pueden ser jamás vencidas frente á frente, la experiencia ha demostrado, sin embargo, que los ejércitos no bastan siempre para evitar las sorpresas, y que estas sorpresas pueden ser mortales para la sociedad, cuando los poderes soberanos tienen la imprudencia de acampar con las avanzadas de la anarquía, á pesar de las sangrientas lecciones de la historia;

Considerando, en fin, que si los miembros de las Asambleas políticas tienen individualmente el deber de morir antes que huir del peligro, tienen colectivamente y ante todo el deber de poner al abrigo de un golpe de mano irreparable el gobierno que cubre la sociedad en peligro. Sigue el articulado en el cual se propone que la Asamblea nacional, la presidencia de la república, la vice-presidencia, los ministerios, las direcciones generales, el Consejo de Estado y la administración de los telégrafos se trasladen el 1.º de octubre de 1830 á Versailles.

Las razones que espone el general de Grammont serán desechadas casi por unanimidad. En primer lugar, no hay ningún partido que se atreva á luchar contra los intereses de la capital; y en segundo, el gobierno mismo se cree mucho mas fuerte cuanto mayores son los resortes de que dispone inmediatamente. No hay nadie que no reconozca los inmensos males que ha causado y está causando la centralización; pero nadie tiene suficiente ánimo y resolución para remediarlos; así es que en cuanto sube al poder un nuevo gobierno, y á medida que son mayores los obstáculos que encuentra en su marcha, no halla otro recurso que rodearse de poder y mas poder para hacer frente al peligro del día, sin considerar que incurre en el mismo error que ha precipitado á sus predecesores. Para ir saliendo del día, la acumulación de fuerzas es indispensable; pero al mismo tiempo lleva en su seno el germen de las revoluciones que periódicamente se van sucediendo.

Se dice que la montaña no tomará parte en la votación definitiva de la ley, y que para justificar esta determinación Mr. Michel (de Bourges) leerá un manifiesto firmado por todos los representantes de la oposición.

El 30 circularon en París rumores de crisis ministerial; se decía que el general d'Hautpoul, ministro de la Guerra, pasaba de gobernador á Argel, y que le reemplazaría el general de La Hitte, entrando en el ministerio de Negocios extranjeros M. Drouyn de Lhuys. Creíase generalmente que estos rumores no tenían el menor fundamento, y así debe ser, porque no parece probable que se retire el general de La Hitte, estando pendiente la cuestión con Inglaterra.

Hé aquí el despacho telegráfico que publican los periódicos de la frontera, y en el cual se comunica la noticia de la aprobación de la ley electoral:

Paris 31 de mayo á las siete de la tarde.

La ley electoral ha sido votada por una mayoría de 433 votos contra 241.

Paris está tranquilo.

ALEMANIA. Según las últimas noticias de Berlín del 24, el estado de salud del rey de Prusia no inspira el menor cuidado. S. M. había tenido calenturas de resultados de la inflamación y supuración de la herida, pero el acceso se había disipado pronto. En cuanto al regicida Sefeloge, los periódicos dan muchos pormenores acerca de su vida, conviniendo todos en que está demente, y que como tal ha pasado algun tiempo en el hospital de Spandau. Pero según las apariencias, el gobierno no se halla enteramente convencido de que la política no tenga también su parte en el suceso, pues el hecho es que se han verificado numerosas prisiones de personas conocidas por sus opiniones democráticas, entre ellas algunos periodistas. Se asegura que á uno de estos se le han encontrado papeles importantes, de los cuales resulta que el partido democrático tenía un centro de acción en Berlín y sostenía correspondencia con los comités revolucionarios de Francia y Suiza. De resultados de este descubrimiento se decía que el gobierno prusiano iba á tomar medidas represivas con respecto á la prensa periódica.

En un real decreto se dispone que cuando S. M. no pueda firmar lo hará por medio de una estampilla, de cuya legalidad responderán no solo el ministro que refiere el documento, sino un ayudante de campo del rey, que firmará igualmente. El regicida Sefeloge continúa preso con centinela de vista para impedir que atente contra su vida, aunque parece indudable que se halle demente. Los facultativos no han manifes-

tado todavía su opinión legal, por lo que hace á si el asesino es ó no demente.

Las demas noticias de Alemania no ofrecen ningún interés. Todavía no se ha anunciado la llegada del emperador de Rusia á Varsovia; pero la mayor parte de las personas que componen su comitiva se encontraban en aquella capital.

Rusia. Un periódico alemán asegura que en San Petersburgo y Moscú han descubierto las autoridades proyectos revolucionarios, en los cuales la mayor parte de los actores eran estudiantes, de cuyas resultas añade que el gobierno había expedido una orden prohibiendo á los estudiantes polacos asistir á las universidades de San Petersburgo, Dorpat y Moscú.

REVISTA DE MADRID.

Sigue cada vez mas viva, mas enconada, y mas ardiente la lucha entre los partidarios de los dos astros coreográficos que brillan en el antiguo coliseo del Circo, y todas las noches hay allí aplausos, ovaciones, lluvia de ramilletes y de coronas. Es imponderable el calor con que ambos bandos beligerantes defienden al objeto de sus simpatías, y hace poco que ese calor estuvo á punto de producir un desafío entre un militar muy conocido y un título que no lo es menos. Al cabo se hizo comprender á cada cual lo fútil, lo pequeño—y digámoslo todo—lo ridículo de semejante cuestión, y los dos contendientes se dieron las manos, y chocaron sus copas en casa de L'Hardy.

Al mismo tiempo, cierta dama muy notable por su elegancia y belleza, abonada en uno de los palcos del teatro de la Opera, se marchaba de Madrid el día de la primera representación de *La corte de Luis XIV*, por no presenciar el triunfo de madama Guy Stephan, y con propósito de no volver hasta que estrene *La Filleule des fées* la signorina Fuoco. —Cuando esta baila, los *Stephanistas* no parecen por la plaza del Rey; y al revés, cuando trabaja su graciosa rival, los *Fuocistas* la vuelven desdeñosamente la espalda, ó miran á todas partes menos al escenario. Tal afectación, semejante exclusivismo nos parecen á nosotros, imparciales y desapasionados como somos, la pequeñez mas grande de la época grandi-pequeña en que vivimos.

Mientras, las dos sifides andaluzas, la lindísima Nena y la bella Josefa Vargas, daban la otra noche un ejemplo notable de abnegación y de justicia, aplaudiendo con entusiasmo á madame Guy en el paso español *La Madrileña*, llevando la segunda su galantería hasta el punto de arrojar dos magníficos ramos de claveles á los pies de la bailarina francesa. —Pero los *Guyistas* se hallan muy alarmados estos días por un rumor que circula con apariencias de fundado: asegúrase que su ídolo ha recibido brillantes proposiciones de ajuste para el gran teatro de San Petersburgo, y como sea difícil competir con la magnificencia moscovita, es muy probable que la ligera willi tienda sus alas una mañana, y se vaya á dormir la misma noche á la opulenta corte del poderoso autócrata de todas las Rusias.

—¡Ojalá! dicen los *Fuocistas* á tal noticia.

—¡No lo quiera Dios! exclaman los *Guyistas* con las lágrimas en los ojos.

Una ventaja inapreciable ofrecen esas luchas, esas competencias pedestres: el teatro del Circo está animado como en invierno, y Madrid participa tambien de la propia animación, porque en los círculos particulares se habla, se discute, y se disputa acerca del mérito respectivo de las dos célebres artistas, con un interés y una vehemencia increíbles. —Todavía se baila en algunas partes, y todos los miércoles la elegante morada del señor conde de Casa-Bayona se puebla de una concurrencia tan brillante como numerosa; los domingos reciben tambien la señora condesa de Velle y la señora de Mora; los lunes la señora de Paje, y los viernes la princesa Carini.

Dos causas contribuyen á que los salones no se hayan cerrado aun; la primera el ser muy corto el número de personas que han abandonado la capital, pues todo el mundo quiere hallarse presente cuando se verifique el ya próximo alumbramiento de S. M. la reina, por si le toca algo en la lluvia de cruces, de bandas y de entorchados que nos amenaza desde las regiones del poder;—la segunda el no haber hecho hasta ahora calor. Además, como este año no hay jornada á la Granja, como la real familia no saldrá según parece de Madrid, la moda no exige imperiosamente que los cortesanos emigren á cualquier parte. —Sin embargo, las diligencias están tomadas con alguna anticipación, y en San Sebastian, en Bilbao y en la Coruña se preparan atractivos y alicientes que llamen á la gente forastera. En la antigua capital de Guipúzcoa habrá bailes y toros; en la de Vizcaya toros y bailes; y en la de Galicia ferias, corridas con Montes, y ascensiones de Mr. Grelon.

Dentro de poco la corte de España, como la de Inglaterra, va á tener casinos diversos para todas las clases, para todas las carreras, para todas las edades. Sabido es que á orillas del Tamesis existen el club de los militares, el de los marinos, el de los extranjeros, el de los viajeros, el de los *fashionables*, y otros infinitos, cuya nomenclatura sería muy larga; en Madrid contamos ya el Ateneo, adonde concurren los hombres de la ciencia y los de la política; el casino, centro de la elegancia y del buen tono; el círculo de comercio, *rendez-vous* general de los banqueros y bolsistas; el círculo de la amistad, donde se reúnen los del progreso; el de los *pollos*, un tanto descrecido y degenerado últimamente; y ahora mismo acaba de fundarse un *círculo de equitación*, que según su nombre lo indica, será la asociación del *sport* madrileño, el punto de cita de todos los *gentlemen riders*. —La nueva sociedad ha alquilado el magnífico picadero del señor conde de Altamira, situado en la calle de la Flora, cubriéndole de cristales, y adornándole con emblemas hípicas de exquisito gusto. En aquel sitio, pues, correrán, trotarán y galoparán á su gusto los aficionados los días en que el mal tiempo no les permita lucir su gallardía en las calles y en los paseos. —Al frente del círculo está la joven aristocracia española, el duque de Alba, el marqués de Bedmar, el duque del Sesto, el conde de Salvatierra, el marqués de Castelar, etc.; y parece que se trata de habilitar asimismo grandes salones donde se discutan los puntos mas interesantes del arte ecuestre, y donde se junten diariamente sus numerosos adeptos.

La otra tarde, entre una carrera rápida y una carrera de

saltos, se refiría allí un lance sumamente cómico, cuya heroína es una joven viuda tan bella como recatada, y que, nueva Artemisa, ha jurado fidelidad eterna al esposo que llora, aunque solo estuvo casada quince días. —Pero desde que peradió á su marido, la linda condesa de X... juró no amar á nadie... á nadie mas que á un perrito habanero, de color de melocotón, y de tamaño fabulosamente pequeño, que respondía al nombre de *Beauty*. Este precioso animalito, que resaca compañero fiel y constante de la viuda; la acompañaba á la iglesia, á paseo, al teatro, á la mesa, y en fin hasta en el lecho ocupaba el lugar que había dejado vacante la muerte del malogrado conde. —La graciosa Artemisa decía en confianza á sus amigas que aunque había sobrevivido—por desgracia!... añadia suspirando,—á la pérdida de su esposo, de seguro no sobreviviría á la de su perro.

Mas ¡oh dolor! una mañana al despertar la condesa buscó en balde entre los encajes de las sabanas, entre las plumas de los colchones, al objeto único de su cariño; *Beauty*, el ingrato *Beauty* había desaparecido. —Su ama tiró con tal violencia del cordón de la campanilla, que se quedó con él en la mano; acudieron entonces las criadas; hicieron las pesquisas mas escrupulosas; púsose en movimiento toda la vecindad; interrogóse á los tenderos, á los municipales, y hasta á los transeúntes; sin embargo, nadie dió razon del infeliz americano. —Mientras, la desolada viuda lloraba—no diremos mas, pero sí tanto,—como cuando falleció su esposo adorado; mientras, fijábase carteles colosales en las esquinas, anunciando la pérdida de *Beauty*, y el *Diario de avisos* la consignaba tambien en sus columnas en letras muy gordas, con esta coletilla algo peligrosa al final: «*Se dará de hallazgo todo cuanto se pida.*»

Serian las once del día siguiente al de la desaparición de *Beauty*, y la condesa acababa de levantarse de la cama, después de una noche terrible de lágrimas y de insomnio, cuando entró en su gabinete un criado con el rostro radiante de alegría, á decir que un desconocido deseaba hablar á la desventurada dos veces viuda, para darle noticias de su tesoro. —Artemisa exhaló un grito de júbilo, y mandó que el desconocido fuese introducido al momento en su presencia. Era aquel un joven de elevada estatura, de airoso cuerpo, de ojos vivos, de semblante que sin duda habría sido bermoso á no traerlo completamente tiznado, porque el personaje en cuestion... era un carbonero.

—Hable V., hablé V.;—dijo la condesa impacientemente al verle aparecer;—¿dónde está mi *Beauty*?

Y como creyese que el carbonero no la comprendía, añadió con vehemencia:

—¿Dónde está mi perro?

—Señora—repuso el de la cara negra con el mas delicioso acento gallego que puede imaginarse;—el perrito yo lo tengo.

Solo el temor de manchar su blanca bata de batista bordada, detuvo á la condesa para arrojarle á los brazos del que profería semejantes palabras.

—Pues bien, traígamel V. al punto, exclamó; traígamel V., y pida cuanto le acomode. ¿Qué quiere V.? ¿Dos onzas? ¿Tres? ¿Mil reales? Dígal V., y mi mayordomo se lo entregará al instante.

Sonrióse el carbonero con una espresion estúpida y maliciosa, y contestó:

—Señora, yo no pido dinero.

La condesa le miró con el mas profundo asombro.

—Pues entonces, ¿qué exige V.?—dijo.

El buen hombre dió vueltas entre sus sucias manos á la gorra que llevaba, como indeciso y turbado, y al cabo de algunos segundos de silencio, repuso en voz firme:

—Lo que yo exijo... es únicamente un beso de V.

Pintóse una viva indignación en las nobles facciones de la dama, quien sin embargo tuvo bastante dominio sobre sí misma para contenerse.

—¡V. está loco!... exclamó con el mas soberano desprecio.

—No hay nada perdido, dijo el gallego con envidiable calma; nada mas que el perrito, que lo será para V., señora.

—¡Haré que le sigan á V. y que se lo arranquen!

—Una señal mia desde aquí, basta para que le ahoguen en el acto.

A esta amenaza terrible tembló la sensible Artemisa, y dulcificó infinito su tono.

—Vamos, amigo mio, —replicó— sea V. razonable; ese es un capricho ridículo, al que mi decoro no me permite acceder; pida V. cuanto quiera: joyas, dinero... lo que á V. se le antoje, y devuélvame mi *Beauty*.

—No es tan grande el sacrificio; dijo el carbonero limpiando friamente con un pañuelo una de sus tiznadas megillas; decíbase V., y en un minuto tiene aquí el perro.

—¡Nunca! nunca! exclamó la condesa con orgullo.

El gallego dió algunos pasos para salir de la estancia; pero la condesa le detuvo en el dintel de la puerta.

—¡Dios mio! murmuró en voz baja, ¡no habrá remedio!

Los ojos del desconocido brillaron de alegría.

—Mire usted, —dijo señalando hácia la calle por un balcón entreabierto— allí abajo está un compañero, el cual tiene el perro debajo de la capa; á un gesto mio subirá aquí, ó dará muerte al bicho sin dilación.

La dama dejó escapar un nuevo grito de espanto.

—¡Que suba, que suba! exclamó, un poco lisongeaada al mismo tiempo su vanidad femenina al ver el precio que el carbonero daba á un ligero favor suyo.

Si el que lo solicitaba hubiera sido un personaje ilustre, de los infinitos que la perseguían, la cosa no le habría parecido extraordinaria; pero darle tal valor, tamaña importancia un pobre hombre para quien serian casi una fortuna los dos ó tres mil reales que le hubiera producido su hallazgo, era cosa que admiraba y albagaba á un tiempo á la viuda.

El carbonero bajó con rapidez á la calle, y volvió á subir en seguida acompañado de un jovencito no menos tiznado, que traía cuidadosamente oculto á *Beauty* debajo de su capa parda. —La condesa exhaló un suspiro, mitad de alegría, mitad de repugnancia, mientras el desconocido después de haberse frotado nuevamente la megilla, la ponía bastante cerca de los rosados y finísimos labios de la aristocrática dama.

—¿Y te besó?... dijo interrumpiendo la narración de esta aventura uno de los seis ú ocho *fashionables* que la escuchaban con tanta atención como curiosidad en el picadero de la calle de la Flora.

—Testigo Carlos, contestó el narrador volviéndose hácia

un elegante pollo que tenia á su lado, y el cual tom6 la palabra á su vez.

—Le bes6 haciendo un gracioso molin de disgusto y de asco, y limpiándose al punto la boca con su rico pañuelo de encaje.

—¿A cuanto ascendia la apuesta?—preguntó otro de los circunstantes.

—¡Oh! era una cosa decente; á cincuenta onzas; —como supondreis, me fué indispensable ganar á la duocella de la condesa, para que sustrajese el lindo animalito. De otra suerte, —debo decirlo en honor de la verdad—jamás hubiese conseguido aquello de que me habia jactado.

—¿Y qué papel desempeñabas tú allí, Carlillos? añadió un tercero dirigiéndose al pollo.

—Yo, repuso este dándole importancia, yo iba para dar fe de que la apuesta se habia ganado lealmente.

—Ahora, amigos míos, —dijo el fingido carbonero dirigiéndose á los que le oían— ós encargo la mayor reserva acerca de lo que acabo de referiros.

Y con la misma condicion de reserva se lo referimos nosotros á nuestros lectores.

RAMON DE NAVARRETE.

Ultima lección de homeopatía (1).

Ya se habian explicado otras varias por profesores muy dignos de la facultad de medicina y cirugía de Madrid, cuando el decano ilustre de esta misma facultad quiso cerrar las cátedras y terminar el curso escolar de 1850, manifestando á sus discípulos, á sus compañeros y amigos cual era su opinion respecto del flamante sistema, ó qué concepto le merecia la doctrina falsamente dicha del doctor Hanheman. Esto tuvo lugar el viernes último á las seis y cuarto de la tarde, en el anfiteatro grande del colegio de San Carlos, ante una concurrencia escogida y numerosa, y de una manera que hace muy alto honor al catedrático, á la escuela y á la facultad misma que aquel profesa.

Por lo que se deduce del exordio, don Bonifacio Gutierrez habia sido instado varias veces por sus discípulos, por sus compañeros y amigos á dar en público una leccion donde combatiere y pulverizase todos los argumentos que presentan los homeopatas en apoyo de su ridículo y falsísimo sistema; á lo que se habia negado constantemente el profesor en la persuasion firme de que no se obtendrian otros resultados que dar una importancia á la nueva escuela que en sí no tiene, sin obtener por eso la conviccion de los que están altamente interesados en no declararse vencidos jamás. Sin embargo, dice, que en fuerza de tantos ruegos y á condicion de que no habia de ser escuchado sino de ellos mismos, esto es, de sus discípulos, de sus compañeros y algun amigo particular, accedió á sus deseos y tomó sobre sí el cargo de recapitular lo mas interesante que habian dicho los otros catedráticos que le precedieron en el uso de la palabra, puesto que decir nada nuevo, despues de tanto como en aquel sitio y sobre el mismo asunto se habia hablado, era empresa imposible de realizar. La condicion, empero, no se cumplió; pues fueron tantos los profesores del arte de curar que concurrieron á oír á su antiguo maestro, hubo tantos discípulos de todas las asignaturas, se vieron tantas notabilidades científicas y literarias, atraitadas, sin duda, por la fama del esclarecido profesor, que bien se puede asegurar pasaban de 900 personas las que no recibieron otra invitacion del decano que la noticia dada primeramente, y transmitida luego por sus amigos de una manera ilimitada. La leccion principiaba así:

Señores: me habia propuesto no tomar parte en la cuestion homeopática que tan acaloradamente se está agitando ya entre las gentes, y ya en los periódicos políticos y literarios de esta corte, porque no queria que sobre la importancia que le estan dando las unas y los otros, le diéramos aquí la que no tiene, haciendo resonar sus dislates en los muros sagrados de este santuario de Esculapio, acostumbrado á repetir solamente los ecos de las doctrinas mas probadas y de la razon y lógica mas severas. No me parecia que las ilusiones de un visionario del siglo XV que rindió la Teosofia y el sistema cabalístico á la medicina, errores de que ya nadie se acordaba, debian ser combatidos y refutados otra vez despues de 400 años, por el mero hecho de haber sido reproducidos y plagiados por otro visionario, escéntrico y aleman como aquel. Sin embargo, señores, veo, por una parte, que el sistema Teosófico y cabalístico, la Chiromancia, la Alquimia, la Artrología y otros errores crasísimos que estaban admitidos en la época aquella de supersticion y de ignorancia, que procede indudablemente la homeopatía, se combaten hoy en casi todas las naciones de la Europa que se llama culta; mientras que por otra, no puedo menos de respetar el parecer de mis dignos profesores que han creído útil, necesario y conveniente refutar en este mismo sitio esos absurdos de que acabo de hacer mencion. Además, si, como ellos me dicen, es cierto que ha de causar á mis amigos y discípulos un placer oír la exposicion de mis opiniones respecto de la homeopatía, yo no puedo de ninguna manera privarlos de él, sin hacer traicion á mis sentimientos, á mis deseos, á lo que mi conciencia impelida por mi corazón me dicta. Y así solo siento que esto haya sucedido en una época nada á propósito para hacer algunos registros, tomar apuntes y coordinar ideas que vagan sueltas por mi mente, á favor de lo cual, en el caso contrario, tendria otra ilacion mi discurso, distinta fuerza mis argumentos y mayor lógica mis conclusiones. Pero en esta imposibilidad, habré de concretarme á considerar este sistema en el terreno de la clinica, procurando sea lo suficiente para quitar la duda á mis discípulos de que no hay homeopatía, de que no hay médicos homeopatas, y de que este tratamiento ó método terapéutico fundado esclusivamente sobre el sistema Teosófico y cabalístico de Paracelso es enteramente nulo.

Primeramente, no cabe duda de que trae su prosapia la homeopatía de este ascendente torpe y grosero; porque su principio fundamental, su base, el hito, la direccion de todos sus movimientos, que se hallan en el *similia similibus curantur*.

(1) Su insercion sustituye á la publicacion del artículo que tenemos ofrecido á nuestros lectores con objeto de demostrarles que el principio *similia similibus*, y otros que sirven de base á la homeopatía, no proceden ni son originales del doctor Hanheman, y si de Paracelso.

tur, fué proclamado y sostenido ya por el reformador de las escuelas de Hipócrates y Galeno, Aureolo Felipe Teofrasto, conocido mas bien por el nombre de Paracelso Bomba-t de Hohenheim, natural de Ensien, á dos millas de Zurich. Este hombre extravagante, tan diferentemente juzgado por los cronistas que han escrito su historia, dijo ya en su *Opera omnia*, cap. V, pág. 196, impresion de Ginebra, 1530: —*Arcanus est sanitas, morbus sanitati est contrarius, hæc duo jam se invicem expellunt, uno in alterum agente; itaque contraria pelli falsum, similia similibus curantur*. Asimismo, todos los cánones escritos en el organon del doctor Hanheman, estan tomados, unos testualmente, otros con muy ligera modificacion de las obras de Paracelso; lo cual manifestaria testualmente si á ello se me impeliere. Existe la diferencia entre la homeopatía y la reforma del siglo XV de las dosis infinitesimales, cuyo invento nadie puede negar es debido á la imaginacion exaltada del celebrado homeópata. Pero de esto trataremos en adelante.

Señores, ya se sabe que llaman homeopatía á una doctrina terapéutica que tiene por objeto curar las enfermedades por medios capaces de producir síntomas semejantes á los que presenta la enfermedad que se trata de combatir; así como, que esta doctrina está apoyada en el citado principio de Felipe Teofrasto *similia similibus*, de manera que si la quina cura las intermitentes lo hace porque tiene la propiedad de ocasionarlas; si la belladona, la alforbrilla, porque es abonada para producir una erupcion semejante, si la vacuna, la viruela, porque con la inoculacion la hace presentarse, el frio cura el frio, la gangrena otra gangrena, etc., etc. Veamos ahora si esto es cierto.

Señores, con muy poco que se reflexione se encontrará que este es un edificio formado de cartas que á un leve soplo viene abajo; es la prueba mas evidente de la ligereza y superficialidad del hombre que tuvo la ocurrencia donosa de levantarle y construirle sin cimientos, sin base, con materiales incapaces de resistir á la accion fuerte de la razon y de la lógica. En primer lugar, no es exacto que la quina produzca intermitentes, luego ni que por esta razon únicamente haya de curarlas. Jamás se ha observado que el uso de la quina haya ocasionado una calentura de tipo, una calentura verdaderamente esencial, sino una calentura sintomática, una calentura pasajera, producida por la accion irritante del medicamento, que de la misma manera seria producida por la accion dañina de una bebida espirituosa ó de otra sustancia cualquiera de la clase de las muy irritantes sobre el aparato gastro-intestinal. Además que la quina no cura las intermitentes, pues está generalmente observado que las tercianas tratadas de esta manera se vuelven á presentar á los pocos dias de haber desaparecido; no hace mas que cortar el tipo.

La viruela, dicen los homeopatas, se cura por otra viruela, esto es, por la inoculacion del virus de la vacuna. Esto es inexacto: la vacuna jamás se ha empleado ni podria emplearse, sin terrible esposicion de agravar la causa como medio de curacion en la viruela; luego ni la ha curado nunca. Por la vacuna, señores, solo se consigue, algunas veces, que no siempre, precaver el mal: y en tal caso es preciso convenir que hay otros medios preservativos que nada tienen de semejantes á la viruela ó enfermedad que precaven. La viruela natural viene siempre precedida de fiebre con dos ó tres dias de anticipacion; á la artificial la sigue esa misma fiebre algunas veces con el retraso de igual número de dias. Hay la diferencia en esto que entre todo lo natural y lo que es artificial. Pero repito que la vacuna jamás ha curado la viruela. La vacuna representa con respecto á la viruela, lo que la higiene con respecto á la mayor parte de las enfermedades.

La alforbrilla, dicen tambien, se cura con la belladona, porque este vegetal usado produce la misma erupcion cutánea. Señores, los síntomas de la alforbrilla en nada se parecen ni son semejantes á los que produce algunas veces el uso de la belladona. A la aparicion de la primera acompañan siempre síntomas generales, como son, dolor gravativo de cabeza, inyeccion en las conjuntivas, lagrimeo, constriccion en la garganta, fiebre eruptiva en algunos casos, etc., etc.; mientras que en la segunda no se advierte nada de esto; siendo muy de notar que los homeopatas que en otras ocasiones dan tanto valor á los síntomas, como que solo estos son los que curan, segun diremos en otro lugar, prescindan aquí totalmente de ellos. Además, la erupcion ocasionada por la alforbrilla es general, y la que produce en algunos casos la belladona es solamente local.

La gangrena, continúan los sectarios de la nueva escuela, cura la gangrena. Esto es falso; la gangrena representa la muerte parcial de los tejidos, y lo que una vez ha muerto jamás vuelve á resucitar. Todo lo que puede hacer el facultativo es circunscribirla á un sitio determinado, ó separar, si esto es fácil, la estremidad donde se presenta.

En una palabra, señores, si hubiéramos de buscar las relaciones de las cosas, las semejanzas que entre unas y otras existen de la manera que lo hacen los médicos homeopatas, llegaríamos á encontrarlas muy íntimas y casi exactas entre el burro y el hombre, entre el huevo y la castaña; pues nadie puede negar que los dos primeros andan, si bien el uno en cuatro pies y el otro en dos; ambos tienen dos pulmones y una laringe con los cuales producen sonidos articulados, aunque el uno habla y el otro rebuzna, y, finalmente, la castaña y el huevo son dos sustancias alimenticias de que hace uso muy comunmente el hombre, que ocupan un espacio donde quiera que se coloquen y que tienen otras muchas propiedades análogas y semejantes entre sí.

Señores, hasta ahora todas las doctrinas terapéuticas se han apoyado en una hipótesis cualquiera que ha sido mas ó menos especiosa; pero la homeopatía segun sus sectarios no se apoya en ninguna. Todos los esfuerzos del médico se dirigen á curar, todas las indicaciones á hallar remedios, lo demas lo mira con incertidumbre, especulacion y curiosidad. Veamos si esto es posible. ¿Qué es curar?

Curar es hacer por indagar la causa próxima del mal y aplicarle el oportuno remedio para que desaparezca; de tal manera, que siempre se ha dicho, y en mi concepto con razon: *cognitio morbi, inventio remedii*. ¿A dónde dirigrán su accion los médicos homeopatas en una inflamacion producida por una espina enclavada, sino á la extraccion de esa misma espina? ¿Cómo podrán prescindir de estudiar las condiciones patogénicas del individuo al proponerse curar el agujero?

¿Pues qué, ese agujero es hecho en la tierra, y por consiguiente echándole tierra se ciega? ¿No se le ha de curar de diferente modo segun que se encuentre en un sugeto don le esté establecida la diátesis cancerosa, sífilítica, escrofulosa ó escorbútica? ¿Y el médico, repito, que prescinde de indagar las condiciones patogénicas de ese individuo, que llama incertidumbre, especulacion, curiosidad, ilusiones á estos estudios, cómo lo hará?

La homeopatía no reconoce otra division de enfermedades que en agudas y crónicas. Absurdo terrible, puesto que ni los homeopatas ni nadie puede negar que las enfermedades agudas pasan á crónicas y estas, á su vez, cuando se exacerbaban, se convierten en agudas.

Las crónicas, segun Hanheman, proceden de la síphilis, de la psora y de la sicosis, y segun Paracelso de la síphilis, de la lepra, y de la cambuca. Sin embargo, nosotros tenemos observado que muchas veces proceden de otras causas muy distintas.

Dicen los homeopatas que los efectos producidos por la sustancia medicamentosa, análogos ó semejantes á los de la enfermedad que se trata de combatir, han de haber sido esperimentados antes en el hombre sano, en el enfermo y aun en el mismo médico. En atencion á lo cual, y no perdiendo de vista el poco tiempo que lleva de existencia la homeopatía, creemos que no pueden haber sido suficientemente esperimentados todos los casos que se vayan presentando.

Los medicamentos homeopáticos han de administrarse en dosis infinitesimales. Esto es lo único que se le debe á Hanheman, y por cierto que es cosa graciosa. Cuando reflexionamos sobre este invento, hallamos que tiene muchísima razon el celebrado aleman en economizar, juzgándolos innecesarios, los estudios de las ciencias. Mas diremos, le convendria mucho que todos aquellos que estudiasen su doctrina careciesen de alguna capacidad y aun de sentido comun, en cuyo caso haria mayor número de prosélitos. ¡Feliz Hanheman si no existiese una ciencia que ha demostrado evidentemente que *el todo es mayor que la parte!* ¡Cuántos secuaces tendria su sistema, si hubiera menos á quien asegurase la razon natural que el que *puede lo mas puede lo menos!* —No insistiré mas en este punto, tanto porque él ha quedado victoriosamente contestado por mi amigo y digno compofesor el señor Corral, cuanto porque como he dicho antes es necesario estar destituido de sentido comun para necesitar de la observacion y esperimentacion homeopática para convencerse de la ineficacia de las dosis infinitesimales.

La doctrina homeopática, como todas las que son exclusivas y generales en medicina, es errónea por este solo hecho. Señores, la medicina es una ciencia, si tal puede llamarse, formada no ya de generales, pero ni aun de particulares, sino de individuales. La filosofía médica es distinta de todas las otras filosofías, pues dos causas distintas producen efectos semejantes, y, al revés, dos causas semejantes producen efectos diferentes. Por ejemplo: la astenia, esto es, la falta de fuerzas ó debilidad del organismo, puede producir la muerte de los tejidos, ó lo que es lo mismo, la gangrena; al paso que la estenia, es decir, el exceso de fuerzas ó de vitalidad en una parte puede producir igualmente la muerte de los tejidos, la gangrena. La puntura de una aguja en un pié se cura con la mayor facilidad en un sugeto de buena *encarnadura* (como dice el vulgo), al paso que puede ocasionar una úlcera gangrenosa y la muerte, sin la amputacion del pié, en otro que la tiene mala. Qué condiciones reune el sugeto que se curó fácilmente, y cuáles el que se murió, ó á quién se le debió cortar el pié, VV. no pueden ignorarlo (hablo á mis discípulos).

Señores, en atencion á que me faltan las fuerzas para continuar hablando por mas tiempo, omitiré mucho de lo que tenia que decir, y pasaré á considerar al médico homeópata á la cabecera del enfermo.

Es cosa que yo no comprendo cómo se valen estos señores en un caso medianamente grave, qué digo grave, ni aun el mas sencillo, para dar explicaciones á los parientes ó interesados del enfermo acerca del mal que éste padece. Porque unos hombres que nada entienden ni deben entender de enfermedades, sino de síntomas, han de contentarse forzosamente con decir á los que le rodean que el enfermo tiene dolor de cabeza, hinchazon en la cara, calor aumentado, rubicundez, etc., á lo que contestarán ellos sin remedio que eso ya lo sabian, porque lo ven, porque lo palpan, porque lo dice el mismo enfermo. Señores, lo digo francamente: si no hubiese otra ciencia que la de los homeopatas, y yo hubiera de emprender ahora la carrera de la medicina, desistiria de mi propósito por no haberla de profesar á tan bajas condiciones. Pero sigamos adelante. ¿De qué medios se valen esos mismos homeopatas para llegar al conocimiento de los síntomas? ¿Cómo aprecian y examinan esos mismos síntomas? Porque hay que tener entendido que la homeopatía desprecia y aun recusa el estudio de la patologia; de tal manera que si emplean la auscultacion, la odoracion, las ciencias físicas, la gustacion, el tacto, la inoculacion, la terapéutica, etc., para conocer los síntomas, por este solo hecho dejan de ser homeopatas.

No hay término medio: ó el homeópata carece de recursos para conocer y apreciar debidamente los síntomas que se propone curar, ó no es médico homeópata, sino médico racional como cualquier otro.

Señores, concluiré esta leccion recomendando á VV. la mejor armonía en el ejercicio de la profesion, el espíritu de compañerismo que debe dominar en todos sus actos.

Confieso que me ha admirado extraordinariamente la abnegacion y el desinterés con que la mayoría inmensa de los médicos alópatas continúan ejerciendo su ministerio. En una época en que no hay fé, no hay entusiasmo de ninguna clase, sino avaricia de intereses materiales, es muy loable la indiferencia estoica con que miran esos intereses y obedecen ante todo al grito terrible de su conciencia. Señores, no se nos puede exigir mas; obramos de acuerdo con nuestra razon y nuestro sentimiento. He dicho.

El señor don Bonifacio Gutierrez, sin embargo, estamos persuadidos de que dijo mucho mas; pero, por una parte, la gran distancia á que nos hallábamos del orador, lo cual nos impidió oírle claramente; y por otra la memoria infeliz de que hemos podido disponer para retener por completo su leccion nos ha impedido reproducirla íntegra segun fué ella compuesta y explicada. A pesar de todo, lo mas esencial creemos haberlo insertado aquí. B. M. ARAQUE.



Número 1.



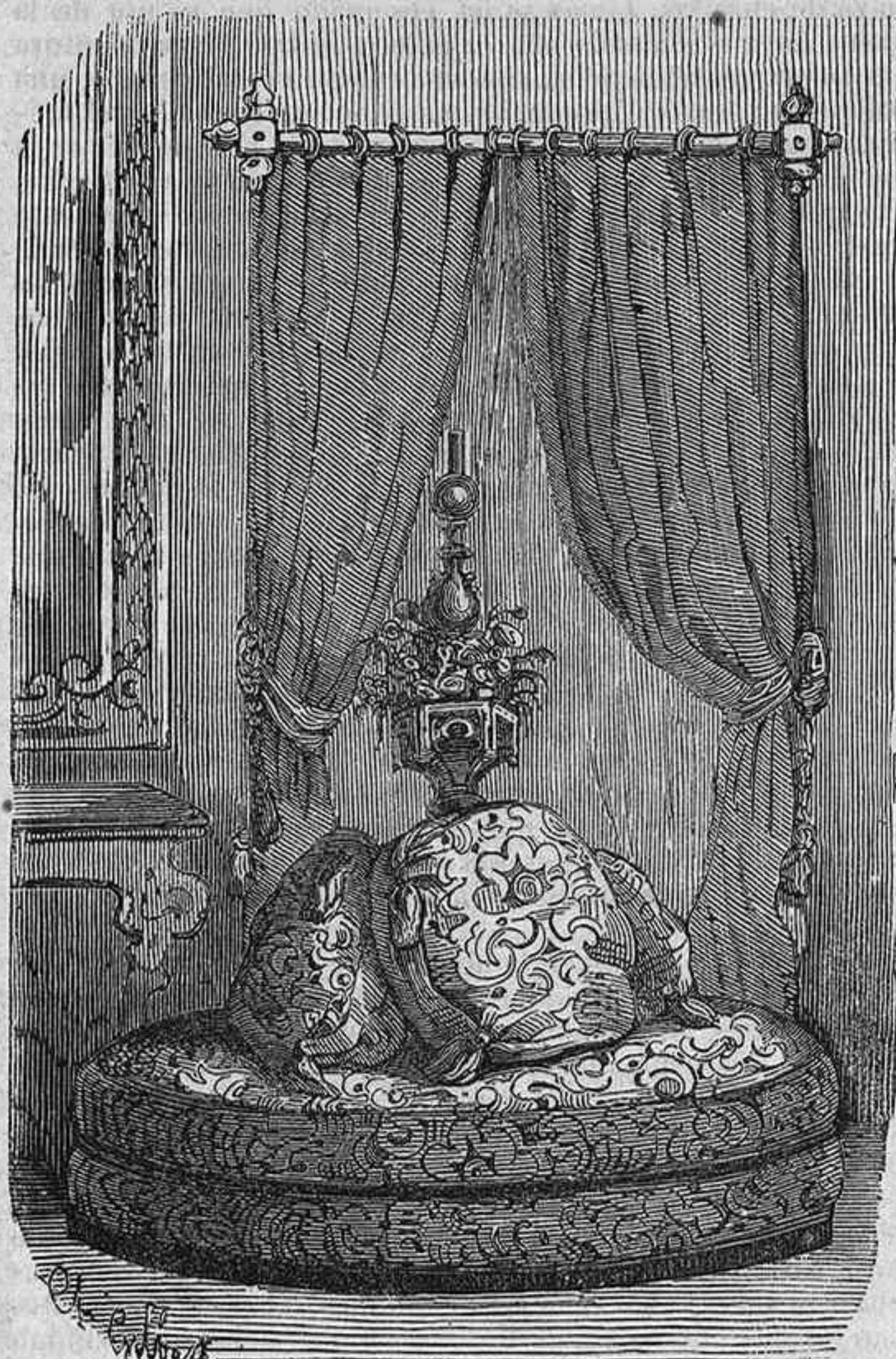
Número 2.



Número 3.



Número 4.



Número 5.



Número 6.



Número 7.



Número 8.



Número 9.



Número 10.



Numero 11.



Número 12.



Número 13.



Número 14.



Número 15.



* Número 16.



Número 17.



Número 18.

DOS PILLOS Y UN CANDIDO.

NOVELA ORIGINAL.

I.

En el lujoso despacho del piso principal de una casa magnífica situada en una de las calles más céntricas de la corte, se hallaba á las once de la mañana del día 9 de enero de 1845 un sujeto de cuarenta años próximamente, envuelto en rica bata y sentado frente á una mesa de esquisito gusto y elevado precio. Con los brazos cruzados y apoyados en ella, repasaba pensativo los últimos artículos del diario de sus operaciones bursátiles. Al mirarle rodeado de aquel lujo y magnificencia, al reparar su traje de casa y al ver los libros, borrador, diario, mayor, de caja, carpetas de pólizas, de efectos á cobrar y efectos á pagar que ocupaban la inmediata mesa, cualquiera le hubiera creído un opulento banquero que meditaba profundamente el modo de engañar al ministro de Hacienda ó de arreglarse con él para concluir algun préstamo, anticipo ó contrato beneficioso por supuesto á los intereses generales de los contribuyentes. Pero estaba muy distante de ocupar tal posición, y no porque él no la anhelase con vivas ansias y fuera su continuo pensamiento y deseo serio, sino porque todos sus esfuerzos para alcanzarla habían sido hasta entonces inútiles, encontrándose tan solo apoderado general, amigo y confidente del baron de T., cuyos bienes administraba con mas libertad de la que convenia á los intereses de su principal y buen amigo. No contentando sin embargo su ambicion las grandes utilidades que le reportaba la íntima y confiada amistad del baron, se hizo decidido y furibundo jugador de Bolsa. Como en esta casa por aquel tiempo se lograba muy pronto el renombre de honrado y millonario, teniendo carruage, buena y elegante casa, palco en el Circo y pagando puntualmente los corretages de agentes y corredores, aunque se debiese hasta la sal en la tienda, don Pablo que este era el nombre del que sentado se hallaba al frente de la mesa, estaba considerado por una de las opulentas notabilidades bursátiles, porque usaba bonito *tres por ciento* como entonces se llamaba á los carruages de moda, aunque sostenido á costa del baron, vivía en magnífica casa, aunque en compañía de este, tenía palco en el Circo, aunque pagado con el dinero de su confiado y bondadoso amigo, y satisfacía mensual y puntualmente los corretages aunque tambien de la caja del baron. Grande era el número de contrataciones diarias que hacia; grande el movimiento de agentes, corredores é intrusos que se notaba en rededor de él desde el momento que se situaba en el punto que ocupó el altar mayor de la iglesia del convento de Basilio; pero ni las contrataciones, ni el movimiento de los solícitos mediadores de ellas debian tenerle al presente muy satisfecho y contento, porque su actitud comenzaba á ser algo mas que reflexiva. La contracción de sus pobladas cejas, la fuerza con que oprimía uno contra otro sus labios, y su mirada fija y un tanto exaltada, revelaban disgusto muy marcado, y teniendo delante el diario de operaciones bursátiles, era de presumir que estas fueran la causa del disgusto.

Haciendo al cabo de un rato de permanecer en la indicada postura, un brusco movimiento y apartando de sí el diario, exclamó con acento aunque furioso, concentrado: «¡Estoy perdido, arruinado!!!» — Despues de algunos instantes de silencio durante los cuales su rostro contraído completamente, demostraba la rabia y el furor, acercó el libro, tomó un papel y una pluma y comenzó el siguiente soliloquio interrumpido varias veces por reticencias, exclamaciones y desesperados movimientos.

—Cuatro y cinco nueve, y cuatro trece, y seis diez y nueve, y seis veinticinco.... ¡Veinticinco millones y á treinta y tres y tres cuartos uno con otro!!! Está á treinta y tres cuartos, pierdo tres por ciento..... ¡Es decir, setecientos cincuenta mil rs.!!!..... ¡Treinta y siete mil quinientos duros!!!..... ¡Imposible, no puedo sostenerme mas!..... ¡Y qué hago...? Ocho dias me faltan solo para el primer vencimiento, y la tendencia es de baja.... La crisis ministerial se complica y no lleva camino de acabar tan pronto... ¡Ponerme á la baja?... ¡Y si se sostiene el cambio?... ¡No hay remedio, tengo que quebrar, tengo que retirarme y renunciar á mis ilusiones y esperanzas! ¡Quebrar!!! ¡Quebrar, sin fondos, sin haber podido desquitarme de las pérdidas que me ganaron el crédito!..... ¡Quebrar, sin quedarme siquiera ocho ó diez mil duros para consolarme de la derrota! ¡Verme acosado por acreedores que me calificarán de petardista y estafador, solo porque no tuve la suerte de ganarles!.... Bajista en esta ocasion, qué grande hombre sería! qué honrado! qué caballero!... ¡Maldiga Dios la bolsa y á quien la inventó!.... ¡Si el baron quisiera protegerme?... ¡Pero cómo, en una cantidad de tanta cuantía?... No hay que pensar en ello.... Pero siento pasos, será él.

Recogió las apuntaciones que habia hecho, metiéndolas prontamente en el bolsillo de la bata, cerró el diario y salió al encuentro del que se acercaba.

II.

—Buenos dias, amigo Pablo, dijo entrando en el despacho el baron.

—Felicísimos, baron, dijo don Pablo á su vez, con risueño rostro. Mucho habeis madrugado.

—Y sin embargo, observó el baron, no he dormido en toda la noche.

—Y vais á salir segun parece. ¿Y á pié?

—Sí, voy á dar una vuelta, tengo la cabeza ardiendo.

—¿Os sentís malo? le preguntó don Pablo con el mayor interés.

—No, pero una idea que me acosa hace algunos años y que me ha quitado muchas horas de sueño, me persigue con mas teson de algunos meses á esta parte, y esta noche particularmente me ha afectado en tal manera que quiero ya poner remedio á este torcedor continuo de mi espíritu.

—¿Penas vos, baron? exclamó sorprendido don Pablo.

—Sí, penas, remordimientos y deseos, contestó tristemente el baron.

—Si en algo puedo aliviar vuestros pesares, dijo amistosa y rendidamente don Pablo, disponed de mí; que nada habrá que

no sea capaz de hacer, por manifestaros mi amistad y agradecimiento á los innumerables favores que me habeis dispensado y dispensais.

—Ya sé que sois mi mas verdadero amigo, y algo podreis hacer por mí.

—Decid pronto, baron, que me parece un siglo el instante que tarde en complaceros y serviros.

—Os hablé me parece, dijo el baron despues de una breve pausa, de unas relaciones que tuve....

—Sí, le interrumpió don Pablo, con una jóven llamada Serafina.

—Serafina Mendez, justamente, Pablo; bien os acordais... ¡Pobre muchacha!... Este es su retrato, continuó, sacando una cajita de oro del bolsillo, abriéndola y enseñándosela á don Pablo. Algo estropeado está. Le he tenido oculto muchos años, porque no le viera la baronesa, y quizá habia humedad en el sitio que le ocultaba y se ha corrido por un lado.

—Efectivamente, dijo don Pablo mirándole; pero no ha padecido nada el rostro, que es lo interesante de un retrato. ¡Y caramba, que era hermosa! No tuvisteis mal gusto, baron.

—¡Pobrecilla, pues era mas hermoso su corazon que su rostro! ¡Era un ángel! Pues bien, Pablo, ya os conté del modo que la conocí, mis relaciones con ella, y que quedó en cinta de tres meses cuando tuve que emigrar en 1823: que me casé durante la emigracion por las poderosas razones que á ello me obligaron, y que á mi regreso á España no pude adquirir noticias de ella. Todo esto os conté, pero no os confié que el carácter discolo y taciturno de la difunta baronesa me hacia echar de menos cada dia mas el angelical de Serafina; no os confié que la comparacion de las dos hizo resucitar en mi pecho el mal estinguído cariño que la tuve, y que sin verla ni saber de ella la amaba mas que nunca. Por otra parte, el no haber tenido sucesion de la baronesa, aumentaba mis deseos de abrazar el fruto de mi primer amor. Estos deseos han acrecido prodigiosamente y estoy resuelto á buscar á Serafina, y si se hubiese conservado digna de mi amor, unirme á ella y compensarla de sus padecimientos, haciéndola dichosa ahora.

—¡Casaros! exclamó altamente sorprendido don Pablo.

—Sí, contestó el baron. La debo esta reparacion, y si existe libre lo haré. Ya sabeis mis pensamientos y mis deseos y espero que me ayudeis á realizarlos. Tomad esta nota que espresa su nombre y apellido y el de la hermana con quien entonces vivia, y la calle y casa. Yo fui á preguntar por ellas á poco tiempo de haber regresado á España, pero nadie me dió razon, y no es extraño al cabo de tantos años. No seguí las pesquisas por temor de que llegase á noticia de mi muger ó de mi suegra y hubiera en casa algun disgusto.

—Sin perder instante, baron, comenzaré á indagar qué es de Serafina, no economizaré ni tiempo ni pasos para dejaros complacido.

—Así lo espero de vuestra amistad, Pablo, y que me deis pronto una buena noticia. Yo estoy tan cascado que no me hallo en disposicion de dar los pasos que para esto se necesitan.

—Y me dariais, baron, un disgusto, tomando una molestia que me privase del placer de serviros.

—Gracias, gracias, amigo. ¿Y María ha salido ya? ¿Os ha pedido dinero?

—No la he visto todavia hoy. ¿Y qué vais á hacer de esa muchacha si os casais?

—María como en vida de la baronesa permanecerá en mi compañía hasta que tome estado á su gusto, que aunque no lo deseo, creo que no se tardará, porque aunque inclusera la pobre, es muy bonita y tiene una dote muy decente para su clase.

—Ya lo creo, baron, ocho mil duros y buen rostro pueden proporcionar un buen marido, aunque la chica carezca de apellido.

—Ocho mil duros, es lo que la dejó la baronesa en su testamento, pero yo pienso aumentar algo mas, si se casa á mi gusto. Es tan buena muchacha, tan honrada, tan cuidadosa que todo lo merece. ¿Y habeis hecho mi encargo de pintor?

—Sí, baron, me han dicho que hay un jóven dedicado esclusivamente á la restauracion, de grande habilidad y muy módico en los precios. He dicho que me le dirijan y creo que vendrá esta mañana.

—Yo vuelvo pronto, pero si viniese antes de estar en casa, dejad dicho si salís que me espere, porque quiero verle cuanto antes. Ademas de la restauracion voy á darle otro encargo.

—Lo haré como lo deseais.

—Pues hasta luego.

—Hasta despues baron.

III.

Así que salió este de la estancia, arrojó don Pablo con desden sobre la mesa la nota que le habia dado su amigo y protector para que buscara á su antigua amante, diciendo: «Pues no tengo yo otra cosa que hacer ni en que pensar sino en buscar á su Serafina, que quizá haya muerto en algun burdel. El demonio del vejete, pensar ahora en casarse. Si tuviera tantos cuidados como yo, no se acordaria de semejante cosa. Pues como espere que yo encuentre á su caro tormento, chasco se lleva. Lo que yo quisiera era hallar una salida para mis apuros, que los gustos de los demas poco me importan. Daré el encargo á algun desocupado, y resulte lo que resulte.

En este momento entró en su despacho sin anunciarse don Nicanor N. íntimo amigo de don Pablo.

—Qué tienes, preguntó á este el recién llegado sentándose sin ceremonia. Tu rostro no indica alegría, ó soy yo muy mal conecedor de rostros.

—No lo eres, Nicanor.

—¿Conque es decir que la cosa va mal?

—Horriblemente mal.

—¿Pierdes mucho?

—Setecientos cincuenta mil rs.

—Diablo, quien los pillara.

—Un dedo de cada mano daria por ellos, Nicanor.

—Y yo añadiría, dijo este, otro de cada pié, aunque me quedara cojo y tuviera que ir con muletas á desbancar á ese zorro de manco que me dejó anoche sin una peseta.

—¡Estamos habilitados Nicanor! pronunció.

—Dios no protege ya á los buenos, pronunció este sentenciosamente.

—Déjate de chanzas, hombre, le dijo don Pablo, y hablemos formalmente. Cree que estoy desesperado.

—Buena tontería; que se desesperen ellos, es decir, tus acreedores. Pones tierra por medio y los escribes luego desde París una atenta carta diciendo que circunstancias impre-

vistas....

—Eso se dice muy bien, Nicanor.

—Y se hace mejor, Pablo.

—Sí, pero teniendo dinero.

—¿Pero qué, has hecho la tontería de pagar algo?

—Cienlo diez y siete mil reales.

—¡Ah, tonto sobre los tontos! ¿Así has olvidado tus propósitos y mis consejos? Cuando se pierde una cantidad respetable, una cantidad que no se puede satisfacer, teniendo aun operaciones pendientes, se reservan los fondos, y se aplazan los pagos para unos cuantos dias mas del vencimiento de la última operacion. Si el movimiento varia á tu favor y pierdes poco ó consigues ganancia en las operaciones, se paga. Si se liquidan todas con pérdida considerable, fondos á carterá y á París.

—¡Hombre, es tan triste perder el crédito!

—¡Crédito de Bolsa! Crédito ficticio, nominal, nulo.

—¿Nulo el crédito de Bolsa, Nicanor?

—Nulo, sí, y de ningun valor real. Crédito mal entendido y que no sirve para nada mas que para embrollar. Estoy seguro que uno de esos hombres que tiene una gran confianza en tí para darte ó tomarte cuatro ó seis millones de títulos del tres á sesenta dias, en los que pueden mediar en pró ó en contra algunos miles de duros, si les hubieras pedido veinte onzas de oro no te las hubiera dado.

—Qué sabemos?

—No te hagas ilusiones, Pablo; antes que tú conozco yo la Bolsa. Ya lo sabes.

—Es cierto, pero tambien conocerás cuánto cuesta tener que retirarse derrotado.

—Sin dinero sí que es muy triste, lo he experimentado; pero tú no quedarás tan exhausto, no estarás tan en derrota.

—Mil duros próximamente tengo en caja, y ya conocerás que con tan corta cantidad y sin conocimiento alguno, pronto me faltaria hasta lo mas preciso en París ó en otra parte.

—Pues tirate en el surco y quédate en Madrid.

—Me van á acosar horriblemente.

—Como á mí; uno ó lo mas dos meses. Te ponen por justicia, haces una informacion de pobre y los aterras, porque conocerán que van á gastar sin esperanzas.

—No temo yo eso tanto, Nicanor, como los bochornos que pueda sufrir en público por la intolerancia y desvergüenza de un acreedor imprudente, que me encuentre en cualquier parte.

—Tambien hay remedio para eso, Pablo. Te encuentras un inglés discolo y exigente, procuras contemporizar con él y calmarle; pero no sirven tus buenas razones y te acosa, te habla fuerte y te insulta, *roten* con él, le partes la cabeza, corre la voz y ninguno te vuelve á decir una palabra. No seas tonto, pecho al agua, y si para algo te puedo ser útil, cuenta conmigo en un todo. Vaya, adios, concluyó levantándose.

—¿Tan pronto marchas?

—Sí, tengo que hacer, y solo he subido á saber cómo seguian tus asuntos. Voy á ver si se ha levantado un amigo y si se halla en mejor estado pecuniario que nosotros.

—¿Necesitas alguna cosa, Nicanor?

—No; alguna cosa, no; algunas, sí.

—¿Que te hace falta? le preguntó don Pablo abriendo el cajon de la mesa y sacando una carterá con algunos billetes de Banco.

—Bueno estás tú para dar, le observó don Nicanor. Guarda eso que tanto lo necesitas tú como yo.

—Contigo, dijo don Pablo, partiré siempre lo que tenga; pero aconsejándote que abandones el juego.

—¿Y qué he de hacer? exclamó don Nicanor. Es mi único recurso. ¿De qué otro modo si no jugando hubiera vivido y mantenido á mi hija durante estos dos últimos años?

—Tú tienes talento y podrias ganar el sustento mas honradamente.

—Ya sabes que lo intenté, que conseguí una colocacion, despues de mi desgracia en la Bolsa; pero al momento me acometieron todos los acreedores. Me embargaron, sobreembargaron y resobreembargaron la tercera parte de mi sueldo. Me agotaron la paciencia y abandoné el destino, y de un hombre honrado, aunque imprudente, me convirtieron en un jugador. Si me hubieran dejado vivir, algo hubieran cobrado; ahora jamás tomarán de mí un real.

—¡Maldita Bolsa! Pero vamos, di, ¿qué te hace falta?

—Nada, nada, Pablo, conserva tu poco dinero.

—Por cien duros mas ó menos, no soy mas rico ni mas pobre, Nicanor, tómalos;—y le alargó dos billetes de Banco.

—Gracias, chico, ahora no los tomo, si acaso no encuentro á ese que voy á buscar, y que me debe, te los tomaré esta noche. Conque si no mandas nada me retiro.

—¿Qué tienes que hacer despues de ver á ese hombre?

—Lo de costumbre, nada.

—Entonces podrás suplirme en un encargo fastidioso que me ha dado el baron Tomás, continuó alargándole la nota que le dió aquel, y que él habia tirado sobre la mesa. Lee ese escrito.

—¿Y bien, qué es esto? le preguntó don Nicanor despues de haberle leído.

—Que el baron tuvo relaciones con esa Serafina, dejándola en cinta de tres meses cuando emigró. Ahora, al cabo de los años mil, se acuerda de ella, quiere encontrarla ó que se la encuentren, y si es honrada casarse con ella. Me ha encargado que la busque; pero yo no estoy para ello, y quisiera que tú me relevaras en este servicio y dieras con el paradero de esa jóven.

—No lo será mucho ya; pero tal para cual, si vive... Y dime, ¿lo que dió á luz existe, y es muchacho ó muchacha?

En fin dame alguna noticia más.

—No hay mas, Nicanor. El baron no ha vuelto á saber absolutamente nada de ella desde que salió para la emigracion.

—¿Ni despues de su regreso á España?

—Nada. Preguntó por ella, segun me ha dicho, pero nadie le dió noticia alguna.

—«Doña Serafina Mendez,» repetía pensativo don Nicanor mirando á la nota.

—¿Qué, la conoces? le preguntó don Pablo algun tanto sorprendido de la espresion reflexiva del rostro de su amigo.
 —Yo, de qué?
 —¿Pues entonces por qué te has quedado tan pensativo?
 —«Doña Josefa Mendez,» seguia repitiendo don Nicanor sin contestar á su amigo.
 —¿Pero qué es eso? volvió á preguntarle don Pablo. Me estás impacientando ya, habla. ¿En qué piensas?
 —Así se llamaba mi muger, doña Josefa Mendez, dijo con calma don Nicanor.
 —¿Y tenia una hermana tu muger?
 —Sí tenia, pero se llamaba Serapia.
 —¿Si será tu cuñada la que?...
 —¡Cal! En esa fecha estábamos en Valencia, y allí murió...
 —¿Pero no tienes mas noticias, Pablo?
 —Ninguna otra. Mas parece que esto te interesa.
 —Estoy pensando, Pablo, que esta nota es una mina, y que si se encuentra el filon, se puede uno hacer rico con poco trabajo.
 —No te comprendo. Espícale Nicanor.
 —Es muy delicado el asunto y pudieran vernos.
 —No tengas cuidado, y ademas cerraré.
 —No, no, vámonos y fuera hablaremos, deja tus asuntos por ahora, vistete y marchemos.
 Don Pablo llamó á su ayuda de cámara para que le trajese la ropa allí mismo. Se quitó la bata, y cuando principiaba á vestirse, un criado le avisó que un jóven deseaba hablarle. Dudó un momento, pero se decidió á recibirle por si era algun bolsista que le traia cualquier noticia que pudiera interesarle.
 El jóven así que entró le presentó una carta. La tomó y leyó don Pablo, y concluida preguntó al jóven.
 —¿Sois vos el pintor?
 —Servidor vuestro, contestó éste.
 —Pues si no tenéis mucho que hacer, le dijo don Pablo, os ruego tengáis la bondad de esperar al señor baron que debe venir muy pronto segun ha dejado dicho.
 —Con mucho gusto, señor don Pablo.
 —Pues tomad asiento.—Juan, di á María que venga y ensene los cuadros al señor. De ese modo, continuó dirigiéndose al pintor, se os hará menos molesto el esperar. Dispensad que os deje...
 —Sois muy dueño, señor don Pablo.

(Continuará.)

EUSTAQUIO MARIA DE NENCLES.

MODAS DE VERANO.

Cosa bien difícil en verdad es satisfacer los diferentes y aun opuestos gustos de los suscritores de un periódico, pero todavía hemos podido conciliar mejor las aficiones de la gran mayoría de los que nos prestan su apoyo, que las continuas exigencias de las amables lectoras, que ejercen despiadadamente su temible critica en una sección de LA ILUSTRACION, escusivamente dedicada á ellas, la de modas. No pasa día sin que recibamos indicaciones, quejas, peticiones, advertencias, recomendaciones, etc. etc., formuladas ya en billetes perfumados, primorosamente escritos, orlados de elegante encaje y protejidos por un lindo sobre confeccionado con toda la coquetaría francesa, ya en cartas anónimas sembradas de caracteres ininteligibles mayúsculos y minúsculos caprichosamente desparados por el papel, ya en fin llevando en el sobrescrito el busto de nuestra graciosa reina, siempre contemplado con placer, aunque aparezca tan desfigurado como en las monedas de nuevo cuño y en las aleluyas que proporcionan al que recibe una carta, el gusto anticipado de saber que si no le interesa el contenido, al menos no le cuesta el dinero.

Entre los diferentes escritos del género indicado que últimamente han llegado á nuestras manos, dirigidos unos á que demos figurines y artículos de modas en cada número, otros á que suprimamos dos hojas del periódico y en cambio reparamos un figurin de Paris, otros á que dediquemos las dos planas del centro á ofrecer patrones de trages, etc. etc., hemos recibido dos cartas de que vamos á hacernos cargo, en gracia de la originalidad, ya que tal vez no muy buen gusto de la una, y de la indicación de una idea útil que hallamos en la otra: la primera que reune la particularidad de aparecer redactada por un individuo del sexo feo, dice así:

Señor Redactor de LA ILUSTRACION.

Muy señor mio: es LA ILUSTRACION de los periódicos que hoy circulan en España, el que mas simpatías ha encontrado en mí, y de consiguiente, al único á que me hallo suscrito; esto no obstante, no dejaré de manifestar á V., entre las pretensiones impertinentes que cada día reciben los redactores de un periódico, la parte que me es mas fastidiosa, así como mi parecer sobre ella.

Cada número que recibo con artículo de modas, me proporciona el sentimiento de ver copiadas las modas extranjeras; veo la razon que VV. tienen para insertar el artículo de modas en su apreciable colección; con él atraen las suscripciones del bello sexo, que es la mitad del género, y muy loco sería yo si les aconsejase suprimieran las líneas que á él dedican, pues sería á no dudar aconsejar contra el interés de la redacción. No, mi objeto es muy diferente en verdad, mi idea es que se trate de hacer resaltar el mérito esquisito y patente que en sí tienen los trages nacionales; y ya que nuestros vecinos publican sus figurines de modas, tratar de mantener los nuestros en uso, por lo menos en España. Si V. comprende como no dudo, la estension de este pensamiento, conocerá que la empresa de crear modas y figurines nacionales, podría con el tiempo alcanzar el lucro que en el día se llevan las francesas. ¿Y por qué finalmente las modas francesas? ¿son sus trages de mas gusto que los nuestros? de ningún modo; ¿cuánto mas graciosas, cuanto mas elegantes han sido siempre las mantillas nuestras, que esos sombreros que nos introducen? en las diferentes veces que he estado en Francia, siempre he visto admirar con loco entusiasmo las mantillas de nuestras familias, y envidiar el saberlas poner con la gracia de las españolas; esos vestidos largos, introducción tambien extranjera, ¿no es lo mas horroroso, sucio y caro que puede imaginarse? con ellos, las señoras van siempre llenas de polvo, siendo de mucho gasto indudablemente

por el roce, y habiendo conseguido ocultar los pies de nuestras españolas, que tan buena fama han tenido en todo el mundo; que las francesas oculten sus pies disformes, no lo extraño; pero que los cubran las españolas, lo hallo de muy poco gusto, siendo en lo general su parte mas bella y en lo que se ha fundado siempre su orgullo, porque ¿qué hay mas bello que el lindo pie de nuestras españolas, con su zapato escotado y una media de seda calada? ¿son acaso de mas gracia, favorecen mas al pie esos zapatos altos que parecen barcos, ó las botas que usan las francesas? Sabido es el pésimo gusto que siempre han tenido las francesas para calzarse, y extraño es que se procure imitarlas; el zapato escotado y atado que tanto ha lucido siempre entre nosotros, es una moda propia que jamás debe desterrarse de España. Por este estilo puede discurrirse en general de todas las modas extranjeras, y así yo hallo muy justo que los redactores de LA ILUSTRACION defiendan las propias, y nos den figurines españoles que son los trages de mas gusto para nuestras bellas; si yo tuviese para ello tiempo, me prometí trabajaria con tal ahínco en formar un boletín de modas españolas, que haria olvidar los figurines de Paris, contribuyendo á disminuir el lucro que sacan de nosotros introduciéndonos modas horribles. Disimulen VV. el estilo de estas líneas, que se proponen solo fijar una idea en medio de mis quehaceres, y acepten la espresion de sinceras simpatías de su atento S. S.

Q. B. S. M.,
T. Z.

Convenimos en que es una calamidad la desaparición de nuestras ropas características, y creemos que aun es mayor mal el influjo que han ejercido en nuestras costumbres los usos extranjeros, pero dejando aparte la costumbre de los vestidos á media pierna y el elogio de los pies de las españolas, y los zapatos escotados, y la acusación á las francesas de poco gusto para calzarse que el señor T. Z. indica en su epístola, y sobre todo lo cual hay mucho que decir, concretáremos á lamentar con el comunicante la desaparición de nuestros trages y costumbres, ya que no podemos aspirar á otra cosa, desde que avasallada la fuerza dominadora de España y paralizados los progresos de su ilustración, cedió á la mejor estrella de otros pueblos el cetro político y la intelectual preponderancia. Los consejos del señor T. Z. y su esperanza de hacer olvidar los figurines extranjeros, no son mas que quimeras irrealizables.

Mas fáciles de poner en ejecución son los consejos de la otra carta que se espresa en estos términos.

Sr. director de LA ILUSTRACION.

«Muy señor mio: Aunque bajo la modesta forma de una carta, las presentes líneas tienen toda la importancia de una representación que le dirigimos las concurrentes habituales á una reunion, donde el periódico de V. es aguardado con impaciencia todas las semanas, y leído y comentado con placer todos los sábados. Hé aquí nuestras súplicas formuladas en preguntas.

«¿Por qué LA ILUSTRACION no publica con mas frecuencia figurines? ¿Por qué no aumenta el número de los geroglíficos? ¿Por qué no se ocupa á menudo de los vestidos de los niños? ¿Por qué no sale en esta sección de la rutina ordinaria, y en vez de ofrecer un grupo monótono de dos ó tres figuras, presenta tantas cuantas sean necesarias para comprender las variaciones de la moda en los trages de todas clases, con lo cual se ahorraría casi completamente el texto siempre menos inteligible que la representación material de los grabados?»

«Hé aquí, pues, las mejoras que quisiéramos ver introducidas en LA ILUSTRACION, juntamente con la perfección del lindo ensayo de música tipográfica con que V. nos sorprendió poco tiempo ha, y cuya feliz idea, que á ningún periódico habia ocurrido hasta ahora en España, ha sido muy bien recibida no solo en nuestra reunion, sino en muchas casas en que hemos oído hablar de la marcha progresiva de su periódico.

«No olvide V. que la gran popularidad que este hallegado á adquirir, le hacen contraer el deber de atender á todas las indicaciones útiles, y reciba por el éxito merecido que alcanzan tanto LA ILUSTRACION como *El Semanario*, de cuyos periódicos somos suscriptoras constantes, la felicitación sincera de las que le dirigen esta representación, por conducto de la que ha tomado sobre sí el cargo de

Secretaria.

Contestaremos brevemente á esta amable comunicación, por el orden de las preguntas que contiene. Nuestras indulgentes suscriptoras comprenden bien que LA ILUSTRACION debe ocuparse con preferencia de otras materias que las modas, y por consiguiente que no puede tratar de ellas con mas frecuencia que ahora: lo de ocuparnos de los trages de niños nos parece justo y así lo haremos. Respecto á los geroglíficos, pensábamos efectivamente aumentar el número. En cuanto á la nueva forma de los figurines, nos parece bien la idea y hoy la ponemos en planta; pero dedicar tantas viñetas y tanto espacio á las modas, sería abusar de la tolerancia de los suscritores opuestos á ellas, mientras que una sola lámina con dos ó tres figurines economiza espacio y grabado; conciliarémoslo todo consagrando solo un gran espacio á las modas en las cuatro estaciones del año, y limitándonos de unas á otras al sistema que hemos observado hasta aquí.

Finalmente, por lo que á la música atañe, estamos en el caso de asegurar que nos ocupamos de regularizar esta nueva sección que de seguro estableceremos en el periódico tan pronto como podamos.

Empezamos, pues, poniendo en planta en este número el pensamiento de las representaciones. Hé aquí algunas líneas de explicación de los figurines de verano, tales cuales nos las entrega la persona encargada de suministrar noticias sobre el particular.

El número 1 es un elegante trage de visita de varés de color claro, con sombrero de gro labrado de distinto color: el núm. 2 es un vestido de sociedad de gasa blanca, con adornos de muy buen gusto: el núm. 3 es un trage para paseo, de foulard abierto por delante, con una manteleta sencilla de gro con cenefa y flecos, y sombrero de paja: el número 4, el 6, el 7 y el 8, representan trages para el campo y para los baños: el núm. 9 es un trage de casa para la mañana: por último los números 10, 11 y 12, son tres diferentes

y graciosos trages de amazonas, y en el núm. 5 presentamos la copia fiel de un lindísimo confidente oriental, hecho en Paris para el centro de una habitación elegante. Los números 13 y 14 reproducen los trages mas distinguidos de cazador, entre los cuales hemos colocado un figurin de etiqueta núm. 14, teniendo presente su oportunidad por el gran número que se están haciendo con motivo de la proximidad del alumbramiento de S. M. Los números 16 y 18, son vestidos de equitacion: el núm. 17 es un trage cómodo y elegante para las escursiones veraniegas.

POLITICA Y FILOSOFIA.

ELOCUCIONIA PARLAMENTARIA.

No creemos equivocarnos asegurando que entre las varias especies de elocuencia, ninguna es mas trascendental y difícil que la parlamentaria. Popular por la vehemencia, severa en el raciocinio, y sencillamente culta en la dición, parece embeber las sobresalientes cualidades que recomiendan y distinguen los demas tonos. No se limita á compungir como la sagrada, á recrear como la académica, ó á persuadir como la forense, sino que á la vez penetra, deleita y convence, desempeñando de esta suerte el mas sublime apostolado de la sociedad y la razon. ¿Le hay en efecto mas noble que el de desenvolver las cuestiones con aquel nervio de estilo fuerza lógica que, desnudándose de superfluos atavíos, revistiéndolas de un carácter filosófico y varonil, despejan la mente de un auditorio y hasta trasforman en auxiliar oportuno el fervor no siempre discreto de las galerías? El noviciado de la tribuna costó sobradamente caro á pueblos todavía inespertos en la carrera de la libertad, para que descuidemos los medios de suprimirle. Suban á ella verdaderos filósofos en vez de parciales oradores; muéstrase mas pródigo de dialéctica que de amplificaciones de escuela; considéresela en fin como el órgano de las urgencias de la nación, no como una silla académica ó grada capitolina. Se nos opondrán acaso las Filípicas de Demóstenes y las catilinarias de Tulio; pero ¿qué comparacion media entre los pueblos antiguos y los modernos? Era en aquellos la política un fanatismo, y es en estos un convencimiento, aspiraban los tribunos á enardecer los afectos y aspiran los diputados á ilustrar el juicio: el orador de Atenas era una especie de histron, el de Francia ó Inglaterra un magistrado respetable. Vigorosa imagen de las antiguas repúblicas ha sido la Cisalpina en nuestros días. Rival en ella Uco-Foscolo de Pericles, habla de cosas políticas con la misma inspiracion que un trovador de la edad media de las empresas marciales: Puesto en pie en el centro de la asamblea, alzando una testa estudiadamente consular, revolviendo en torno unos ojos en los que brillaba la eléctrica chispa de un republicanismo poético y envuelto, por lo comun, como el amante de Aspasia, en su clamore, pronunciaba fervorosos discursos, cuajados de voces sonoras, espléndidas imágenes, y ardientes declamaciones. Clavábanse en los circunstantes aquellos dardos de una elocuencia tribunicia, y haciéndoles dócil instrumento de las pasiones del orador, arrojábanlas no pocas veces á indiscretos raptos, que sembraban la desconfianza y la desunion en nombre de la independencia y de la patria.

Opóngase á esta pintura la de los graves oradores de la oposicion británica; opóngase Fox, Brougham y Burke, á Foscolo, Danton y Saint-just, y advertiremos desde luego cuanto resalta la diferencia entre el general que alcanza el arte de templar el ímpetu, desordenado quizás, de sus soldados, y el que por falta de prevision y energía les suelta sin meditacion ni freno. Ahora pues, ¿debe nos apetece para la felicidad de la patria? ¿Oradores que la eleven como Pitt á la mayor opulencia continental y marítima ú otros que la sumerjan como Saint-just en el conflicto de una irritante discordia? Nadie que se precie de patriota dejará de preferir lo primero; y he aquí por consiguiente la importancia de una escuela oratoria que se aproxime á la ilustración y gravedad de la británica. Si se ha de desconfiar de aquella asamblea en la que el uno disertó á doctos, y el otro iniciase á ignorantes, en que se figure aquel hallarse en una academia y este en un club, en que la sobrecargue el escolástico con la pedantería de la borbora doctoral y la desatavie el tribuno de respetuosa condecoracion; el solo establecimiento de tal escuela es un gran bien. Importa que se penetren los diputados de la influencia de su ministerio; que las arengas, las proposiciones, las réplicas anuncien desde luego aquel decoro parlamentario que, sobre garantizar el orden público, eleva el carácter de la nación, condenando las vanas hiperboles y los sarcamos. Fórmense oradores que esclamen con el vigor de Burke: *solo os piden estos reinos desinterés y templanza, las colonias, empero, fomento, proteccion y justicia;* y desapruébense los que griten como Saint-just: *¡nuestra revolucion es mas que un proceso, es el trueno que pulveriza á los pérfidos!* Mengua por cierto sería que apeteciesen varones de luces esa peligrosa popularidad que rápidamente conduce á la tribuna, al capitolio, á la roca Tarpeya, comparable en el orden material á las arremolinadas tormentas que recorren en breve espacio toda la brújula. «*Dejad crecer á ese árbol tierno,* decia Mirabeau señalando á Barnave; *no se ha de pasar mucho sin que respete an él un vigoroso mástil de navio;* pero antes que llegase á tal gloria, burlóse la misma revolucion de los talentos de aquel malogrado atleta de la constituyente.

(Conclutrá.)

Los presupuestos.

Por disposicion del señor ministro de Hacienda y conducto del señor contador general del reino, hemos recibido un ejemplar de los presupuestos generales de gastos é ingresos para el año de 1850. Constituyen un tomo en cuarto de 761 páginas, que contienen datos del mas alto interés para el estudio de las cuestiones económicas. Es digno de todo agradecimiento aquel rasgo de galantería, en un país que no suelen guardarse demasiadas consideraciones á la prensa.

Un recuerdo.

Volvemos á suplicar á nuestros cólegas que poco ó mucho copian algo de todos los números de LA ILUSTRACION, nos hagan el obsequio de citar el título del periódico.



Aspecto de los heroicos habitantes de la coronada villa, la tarde del domingo último, primer día en que, sin duda alguna por despedirse Mr. Grelon con la última ascension, apareció despejado el cielo de Madrid y tranquila la admósfera, cosa que no se habia verificado desde que el areonauta pisó la córte.

EN LA MUERTE DE UN NIÑO.

Angel de amor que á este suelo
Bajaste del Paraíso,
Como al cáliz de una rosa
Baja el fecundo rocío;
Emanacion blanda y pura
De aquel raudal infinito
De amor, que tiene su fuente
En el Hacedor divino:
¿Por qué, di, con menosprecio
De tanta fé, tal cariño,
Dejástenos ¡ay! ingrato,
En llanto y dolor sumidos?
Flor al fin, como las flores
Pasaste en tan raudo giro
Como el relámpago luce
En las noches del estío.
Pasaste, y en nuestras almas
Eterno, indeleble, fijo,
Vivirá el triste recuerdo
Del dulce bien que perdimos.
¿Por qué el llorar de los ojos?
¿Por qué los hondos gemidos
Del corazón?—¿Por ventura
Algo al morir has perdido?
Estas lágrimas amargas

No son por tí, caro niño:
No es por tí por quien lloramos,
Es sobre nosotros mismos.
Que ora tú, en el alto coro
De fúlgidos paraninfos,
Miras á tus pies al mundo
Con sus pompas y martirios.
Libre te ves, ¡tú el dichoso!
Allá en el eterno asilo,
De sus terribles pesares,
De sus placeres mentidos;
Libre de astucias y engaños
Y asechanzas y peligros,
De enemigos descubiertos
Y de traidores amigos:
De fementidos amores,
De lauros no merecidos,
Del mundo y de los humanos,
Y libre, en fin, de tí mismo.
Lloremos los que en la tierra
Al llanto y dolor vivimos,
Lloremos nuestros quebrantos,
Mas no por tí, caro niño:
Que ora tú, en el alto coro
De fúlgidos paraninfos,
Cantas á Dios alabanzas
Allá en el Eden divino.

Akstin Elpidos.

BAÑOS DE ONTANEDA.

Acaba de abrirse este acreditado establecimiento, que tan gran nombradía ha llegado á adquirir por la virtud admirable de sus aguas y por su ventajosa situacion en el centro de uno de los mas deliciosos valles de España, á seis leguas de Santander, cuyo camino para Burgos (que linda con la casa de baños) recorren diariamente las diligencias y sillas de posta. Parece que una persona bien conocida por el esmero con que llegó á plantear otro establecimiento análogo de las Provincias Vascongadas, se ha encargado de que el servicio de los baños de Ontaneda sea este año cual corresponde á la concurrencia, siempre en aumento, que los frecuenta, y á la nombradía que han llegado á adquirir como punto de curacion y de recreo.

GEROGLIFICO.

A B M I A
N Q U I N T

REDACTOR Y PROPIETARIO DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.